

ALEMANIA FEDERAL

Un candidato de choque

«¿Quién será nuestro próximo presidente federal?», empiezan a preguntarse en Alemania, dado que el actual presidente, Heinrich Lübke, debe retirarse, en efecto, a principios del año que viene. Los social-demócratas, muy deseosos de llevarse el puesto, aunque en él la mayor parte del tiempo se emplee en visitar exposiciones de horticultura, presentan al parlamento federal y a las dietas de los «länder» que deben proceder a la elección de un candidato de choque: el actual ministro de Justicia, Gustav Heinemann, jurista profesional.

«Es todo un personaje», «es todo un carácter», se dice de él en todo el territorio de la República Federal. Este hombre de sesenta y nueve años, protestante, padre de cuatro hijos, este intelectual de anchos hombros y mirada dulce no se parece, en efecto, al político habitual burguesamente conformista, que suele encontrarse en Bonn. Heinemann es lo que suele llamarse un «outsider»: cuando era estudiante, procedente de una «buena» familia burguesa, tomó la defensa —cosa rara en su ambiente— de la joven República de Weimar, buscó el contacto con la clase obrera, fue, en fin, detenido por haber distribuido octavillas exhortando al proletariado a desencadenar la huelga general contra los «putschistas».

Bajo el régimen nazi, Heinemann, apartándose una vez más de su ambiente burgués en el que pocos enemigos tenía Hitler, militó en un pequeño grupo de protestantes que se negaban a todo compromiso con el régimen. No vació en correr riesgos, en hacer llegar al extranjero documentos comprometedores sobre ciertos dirigentes del III Reich: «Después de todo, no hice más que comportarme como un hombre honrado», dice en la actualidad.

Al terminar la guerra, el canciller Adenauer confió a este protestante afiliado al partido cristiano-demócrata el puesto de ministro del Interior en el primer gobierno de la República Federal. Lo lamentaría amargamente, ya que Heinemann declaró que, «en ese momento crítico de nuestra existencia»,

no aceptaba el rearme de Alemania. Escándalo, furor del canciller... y de los aliados occidentales. Heinemann presentó su dimisión, fundó un partido que se proclamaba neutralista y, en 1957, se unió al partido socialdemócrata, hostil en aquella época al rearme de la República Federal, no sin ser acusado, por los amigos de Adenauer, de haber «pactado» con el Este...

Es cierto que Heinemann no trata tiernamente a los cristiano-demócratas: «Su programa —dice— es fácil de definir. Ganar mucho dinero, mantener a un ejército que defiende este dinero acumulado y tener una Iglesia que bendiga al conjunto.» Aunque se haya vuelto algo más prudente, el hombre a quien la socialdemocracia confió en el gobierno de «la gran coalición» el Ministerio de Justicia, ha conservado su manera de hablar claro y sus convicciones liberales que, en ciertos medios, hacen que se le tache de «británico».

Como ministro se esfuerza, como dice, en «limpiar la barraca»: ha suprimido cierto número de artículos retrógrados del Código Penal, ha hecho que se apliquen nuevos métodos revolucionarios en materia de reeducación de los criminales. En contrapartida sigue siendo resueltamente hostil al «perdón» reclamado para los antiguos verdugos nazis y, ante la deseseración de ciertos cristiano-demócratas, se niega obstinadamente a «enterrar» los procesos contra los asesinos del III Reich.

¿Será elegido? Dependerá de los diputados del partido liberal (FDP), ya que en la asamblea federal y en los parlamentos de los «länder» son ellos, en número de ochenta y seis, quienes finalmente decidirán si Alemania tendrá el día de mañana un presidente conservador o reaccionario. El actual ministro de Defensa, Schröder, ha sido designado hace unas días candidato de los cristiano-demócratas. Pero si Gustav Heinemann resulta elegido podría dar a su cargo un peso político considerable, ya que, indudablemente, no se limitaría a inaugurar exposiciones de horticultura. ■ GERARD SANDOZ

PRESIONES SOBRE GRECIA

El caso Panagoulis

El 18 de noviembre pasado, el tribunal militar de Atenas condenaba a muerte a Alekos Panagoulis: era la primera vez, desde el golpe de estado militar, que un tribunal de excepción pronunciaba una sentencia de muerte. Los motivos de esa pena capital eran deserción del ejército y tentativa de derrocar el régimen por la fuerza; el atentado contra el primer ministro griego, Georges Papadopoulos, verdadera razón del proceso, le costaba a Panagoulis dieciocho años de prisión. El acusado escuchó su sentencia con absoluta sangre fría y se apresuró a comunicar que el acta de acusación estaba fundamentado en una declaración que le había sido atribuida, pero que jamás había firmado; además, una declaración suya, en la que se reconocía único responsable del atentado, había sido retirada del dossier; en el mismo proceso seguido contra Panagoulis se condenó a cadena perpetua a Eleftherios Vervyvakis, se pronunciaron otras siete penas de prisión, dos condenas en libertad condicional y cuatro absoluciones. Panagoulis denunció las torturas que había sufrido y exigió ser sometido a un reconocimiento

médico para probarlo. Pidió que se investigara —y procesara consiguientemente— al comandante V. Theophiloyannakos, juez de instrucción, y al capitán K. Hatzis, secretario, como responsables de esa declaración falsa, atribuida a él. Por su parte, el abogado defensor elevó una protesta porque durante los cinco días de suspensión del proceso se le prohibió tener ningún contacto con su cliente. Panagoulis se negó a pedir clemencia. Pero, instantáneamente, en todo el mundo se alzaron voces pidiendo gracia para el condenado. Los gobiernos de Noruega, Australia, Alemania Federal fueron los primeros en comunicarse oficialmente con la Junta Militar para exigir la conmutación de la pena. Telegramas de André Malraux, Pablo VI y U Thant llegaron a Atenas, expresándose en el mismo sentido.

Según el régimen actual de ley marcial, Panagoulis pudo ser ejecutado en cualquiera de los tres días siguientes al veredicto, con una simple orden del comandante militar de Atenas. Pero hubo una reunión urgente de la Junta para decidir sobre ese extremo: treinta y uno de los treinta y ocho oficiales



MITTERRAND, CONTRAATAACA

François Mitterrand asegura que «la Federación de Izquierdas ha sido víctima de ella misma. Víctima, desde luego, del general de Gaulle y de la vergonzosa campaña electoral que se ha hecho contra nosotros, pero con algo más de coraje y de una unidad más profunda habría dominado su fracaso y sobrevivido a la borrasca. El centro podía aparecer como un refugio para los franceses que, viendo enfrentarse dos bloques, buscaban el camino intermedio. Han recibido un serio golpe, pero no se han quejado, han permanecido unidos y, hoy día, es como si no hubiese pasado nada, se ha olvidado el fracaso del mes de junio. Nosotros nos acordamos del nuestro porque se ha insistido demasiado en él, por rivalidades, por asuntos de capillitas». Ante la acusación de que él era responsable de la «liquidación» de la izquierda en Francia, Mitterrand ha respondido: «Para empezar, clamar que no existe la izquierda, es absurdo. La izquierda ha reunido, en un momento muy difícil, nueve millones de electores. Conserva un poder de atracción sobre otro millón. Y no está nada mal el que diez millones de personas prefieran la izquierda al gaulismo en un momento en que el gaulismo es el amo absoluto de todos los medios de información».

LOS DOMINICOS SE REUNEN

Es la primera vez que los dominicos celebran una reunión de este tipo: en Tréves (Alemania), del 31 de octubre al 3 de noviembre, cincuenta y seis jóvenes sacerdotes dominicos de diez países (Estados Unidos, Francia, Alemania, Holanda, Bélgica, Suiza, Gran Bretaña, Benelux, Yugoslavia y España) se han congregado para «tratar en común de los problemas que se plantea su generación sobre la Iglesia y el Estado». Después de haber criticado las estructuras de la Iglesia y de su orden, discutieron sobre las razones y la posibilidad de ser dominicos. Pronto tendrán lugar otras reuniones semejantes.

PUBLICIDAD PROHIBIDA

Desde hace seis meses el aborto es legal en Gran Bretaña, pero si bien con ello la vida de los cirujanos que lo practican se ha simplificado grandemente, la de las inglesas no parece que por ello sea más feliz. La ley autoriza el aborto, pero no se han previsto los equipos necesarios para cubrir las necesidades de la población. Se asiste, pues, a un verdadero «boom» en las clínicas privadas, que en la actualidad trabajan sin riesgos, pero sin haber rebajado sus tarifas, que siguen siendo de las veinti-

dós mil a las treinta mil pesetas. Todos los cirujanos y ginecólogos sienten la tentación de practicar el aborto. El único problema es el de la publicidad: ¿cómo prescindir de ella, puesto que está rigurosamente prohibida por la ley, y asegurarse al mismo tiempo una clientela, dada la competencia? Sea como sea, con sus 30.000 intervenciones anuales, Londres se ha convertido ya en la capital europea del aborto. Y la demanda, británica o extranjera, sigue aumentando.

EL «AFFAIRE» GONCOURT

Con el mes de noviembre comienza la carrera de los premios literarios en Francia. Raro es el año en que no se presenta un escándalo, real o fabricado. El último ha sido de los más espectaculares, dado que en él va implicado uno de los grandes nombres de la literatura francesa, el de Aragon. En efecto, el autor de «Elsa», que pertenece apenas un año a la Academia Goncourt, ha presentado su dimisión. Bernard Clavel, el autor galardonado por «Les fruits de l'hiver», había obtenido ya, hace unos días, el premio de la Ciudad de París. Se dijo entonces que Aragon había intervenido en este primer premio para evitar así que Clavel —dado que no es corriente el que dos premios que se dan casi seguidos recaigan sobre un mismo autor— hiciera sombra a su candidato para el Goncourt, François Nourissier. Aragon votó siempre por él, y en todas las vueltas ambos autores quedaron empatados, hasta que el presidente de la Academia hizo uso de su doble voto para inclinar, de este modo, la balanza a favor de Clavel. Ya antes de que se hiciera público el resultado, Aragon había enviado, junto con su voto, una carta de dimisión en la que, entre otras cosas, decía: «En el curso de las conversaciones preliminares a la atribución del premio Goncourt 1968, una campaña de prensa provocada y alimentada, según parece, por uno de entre nosotros, ha hecho públicas mis preferencias. Los autores de esta campaña han tenido a bien aderezar sus mentiras y calumnias con comentarios políticos de una bajeza innegable, que dan a mi participación en la actividad de la Academia un carácter que no puedo aceptar (...). No me interesa asociarme a la especie de canibalismo que reina entre algunos de nuestros colegas. Deseo no recordar más que los mejores momentos que he pasado entre ustedes».

Clavel, el ganador del premio, es un hombre de cuarenta y cinco años, que ha publicado una docena de novelas desde que, en 1956, decidió consagrarse a la literatura, después de haber sido pintor. La adaptación cinematográfica, bastante desafortunada, de una de sus obras se estrenó en España con el título de «Como un trueno».

BERNARD CLAVEL

